



www.loqueleo.com

Todo bien, todo bien

© Del texto: 2009, Luis Darío Bernal Pinilla
© De las ilustraciones: 2009, Carlos Manuel Díaz Consuegra
© De esta edición:

2016, Distribuidora y Editora Richmond S.A.
Carrera 11 A # 98-50, oficina 501
Teléfono (571) 7057777
Bogotá-Colombia
www.loqueleo.com

• Ediciones Santillana S.A.
Av. Leandro N. Alem 720 (1001), Buenos Aires
• Editorial Santillana, S.A. de C.V.
Avenida Río Mixcoac 272, Colonia Acacias,
Delegación Benito Juárez, CP 03240,
Distrito Federal, México.
• Santillana Infantil y Juvenil, S.L.
Avenida de Los Artesanos, 6. CP 28760, Tres Cantos, Madrid

ISBN: 978-958-59378-9-5
Impreso en Colombia
Impreso por Editorial Delfín S.A.S.

Primera edición: abril de 2009
Primera edición en Loqueleo Colombia: enero de 2016
Tercera reimpresión en Loqueleo Colombia: enero de 2018

Dirección de Arte:
José Crespo y Rosa Marín
Proyecto gráfico:
Marisol del Burgo, Rubén Chumillas y Julia Ortega

Todos los derechos reservados. Esta publicación no puede ser reproducida, ni en todo ni en parte, ni registrada en o transmitida por un sistema de recuperación de información, en ninguna forma ni por ningún medio, sea mecánico, fotoquímico, electrónico, magnético, electroóptico, por fotocopia o cualquier otro, sin el permiso previo, por escrito, de la editorial.

Todo bien, todo bien

Luis Darío Bernal Pinilla

loqueleg

*A Mery y Luis Alfonso
A José Luis Muñoz Bernal,
por llevar nuestro fútbol a lejanas tierras
A Catalinito, por su asesoría médica y futbolística
A Lydia Souza Weich de Guerrero,
por su agudo criterio y asesoría en “pastusidad”
A Fernando García M.D.,
por sus invaluable observaciones médicas
A Cecilia,
por su valor, entereza y generosidad, al permitirme
volver ficción momentos decisivos de su vida.
A Ana Cristina Robledo y Lina Betancourt*

Primer tiempo

Suena el silbato

Viernes de ceniza

Cuando Cecilia terminó de leer la hoja, sintió que algo se le rompía por dentro. Quiso llorar, maldecir, pegar un grito, salir corriendo como lo hacía de niña cuando su madre la sorprendía jugando en la calle con los muchachos del barrio, culpar a alguien, en fin, quería hacer algo. 11

Pero la tristeza era tan pesada que la hundió en un banco al frente de las canchas de fútbol del colegio, donde Sebastián había pateado por primera vez un balón, cuando apenas tenía cuatro años.

Cecilia estaba paralizada y su pensamiento parecía anclado en una idea fija, en un punto muerto que impedía que algo más existiera para ella, por eso no entendió lo que le gritó el amigo de Alberto desde la acera de enfrente, ni por qué la gente corría hacia la avenida como si tuviese una gran urgencia.

Tampoco puso atención a dos señoras que pasaron frente a ella, a las cuales distinguía porque vivían en el conjunto donde estaba su apartamento, y porque las veía todas las mañanas cuando llevaban al colegio a sus hijos. No le sorprendió, para nada, que las mujeres se montaran apresuradas en un taxi con los pequeños, que parecían no haber tenido clase. Ni siquiera le extrañó que empezara a caer sobre la ciudad, que apenas llevaba dos horas despierta, una tenue capa de materia gris oscura.

En efecto, los dos niños que parecían primos no habían tenido clase, ni ningún pequeño de la ciudad ni de las poblaciones circunvecinas. No podían estar en los colegios ni encontrarse en las calles para evitar problemas pulmonares y en los ojos. Las autoridades de Pasto acababan de recibir los últimos partes del Observatorio Vulcanológico y habían decretado alerta amarilla en todo el municipio. Desde hacía cuarenta minutos, mientras Cecilia esperaba en el laboratorio los resultados de los exámenes de Sebastián, una mancha aún delgada pero persistente de ceniza pegajosa había empezado a brotar de la boca del Galeras. Ya estaba llegando, arrastrada por el viento, a todos los

rincones, no solo de Pasto, sino de todas las veredas del Valle de Atriz; desde el Morasurco, el pequeño y pacífico volcán que recibe al visitante del norte del país, hasta el Campanero; y desde el majestuoso *Urcunina*, el nervioso pero siempre entrañable Galeras, símbolo de Pasto, hasta la Montaña del Oso.

La ceniza del Galeras amenazaba, decían los expertos, con ampliar no solo su espesor sino su volumen. Únicamente el olor a azufre, que a medida que avanzaba la mañana se hacía más intenso y penetrante, sobre todo en el sector de la Carretera Panamericana en el cual se encontraba, la logró sacar de su limbo. Pero no para averiguar qué pasaba con el volcán, ni para informarse sobre las medidas que los medios de comunicación estaban pidiendo que tomara la ciudadanía, sobre todo con los niños, y ni siquiera para buscar a Sebastián y a Nicolás, en caso de que su padre, que trabajaba cerca del colegio de sus hijos, no los hubiera recogido.

Cecilia observó el Galeras apenas unos instantes, pero fue como si hubiera visto una valla publicitaria o un aviso electoral: no se inmutó en lo más mínimo. Sin embargo, corrió a subirse en la “ca-

chetona”, la camioneta de transporte de pasajeros que salía de Pasto a Ipiales, a Las Lajas y al Puente de Rumichaca. Con esta, Cecilia había apuntalado la economía doméstica durante los últimos años; luego de unos meses de casada, cuando comprobó que el sueldo de su esposo nunca podría satisfacer las necesidades de ella y de sus dos hijos, y que Alberto, que era tornero de una fábrica embotelladora de gaseosas desde hacía muchos años, no estaba dispuesto a sacrificarse ni siquiera un poco para ganar más dinero, ni mucho menos a estudiar y a cambiar de oficio.

Sentada frente al timón, mientras se colocaba el cinturón de seguridad, Cecilia soltó un pequeño grito: “¡Fernando!”, y pensó: “¡Tengo que ir donde Fernando!”, al tiempo que desenredaba un celular que estaba enmarañado entre unas pinzas para las pestañas, una pañoleta de seda de colorines y una cuerda de un enroscado plástico azul, atada a un manojito de llaves que parecía le hubiese hurtao al mismísimo San Pedro. No era casual que sus amigas a menudo comentaran, burlándose de ella, que si se perdiera el descomunal llavero de Cecilia,

